

EL LABERINTO Y EL HILO

OTEIZA Y EL ARTE RECEPTIVO

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Desde hace unos días se encuentra en Lima el escultor Jorge Oteiza. Su personalidad no es de las que pasan inadvertidas, no sólo porque su obra —que ha merecido uno de los más importantes galardones internacionales, el Gran Premio de la Bienal de Sao Paulo en 1957— es de aquellas que intentan ahondar en las nuevas perspectivas del arte y sobrepasar dinámicamente los logros que amenazan con academizarse (vale decir, anquilosarse), sino porque sus ideas al respecto proponen términos y principios revolucionarios. Todo artista es, si tiene su arte como permanente meta de sus afanes, inconforme y, en consecuencia, considera cuestionable cualquier concepto relativo a los frutos de su vida. Forma suprema de la existencia, forma suprema de la libertad, el arte no puede detenerse. Oteiza, por ello, no se detiene.

Aunque sin la sistematización propia del filósofo o el esteta, Oteiza postula un arte receptivo. ¿Qué quiere decir eso? Para él hay una corriente de creación artística que pone énfasis en los signos expresivos del lenguaje plástico. Se trata del arte barroco, que avanza hacia el espectador, que conquista el espacio, que se impone como entidad rotunda. Es también, para decirlo con otras palabras, el arte romántico. A ese estilo de comunicación avasalladora opone Oteiza otro que es todo lo contrario, que se aplaca, retira o dispone en actitud de recepción. Como él mismo dice, consis-



te este arte receptivo en una desocupación de los espacios, que se abren así al contemplador y lo acogen. Expresión y recepción son para Oteiza los nombres que lo distinguen, en última instancia, lo popular de lo culto, lo pasional de lo estético.

El espacio en la pintura es irreal. La tesis de Oteiza no afecta a lo pictórico en su existencia. El Greco y Velázquez —los dos ejemplos clásicos que él da— representan respectivamente el arte expresivo y el receptivo, con neto carácter de ejemplificación, sin que uno u otro dejen de ser pintura. Pero, ¿y la escultura? Contra la estatua, el volumen, el bulto, Oteiza atenta una escultura de vacío. En suma, una no-escultura. Y él —no hay que olvidarlo— es escultor. ¿Es el fin de este arte que ha sido hasta hoy presencia real, objeto ocupante? De ninguna manera. La escultura —afirma Oteiza— debe crear espacios y debe ser un ámbito para la intimidad del ser. Una prueba de ello es su proyecto de monumento a Batlle Ordóñez, finalista en un concurso convocado en el Uruguay, en el que la arquitectura (debida a Puig) se compenetra con una escultura de extensión plena y formas contenidas, donde en vez de un cántico al prócer de la libertad el espectador es invitado a la meditación, al recogimiento reflexivo en torno a la libertad. Ya no hay macizos ni cosas, sino plenitudes.

Tesis audaz que Jorge Oteiza está exponiendo en un libro que aparecerá en Buenos Aires y cuya trama intelectual, asistemática pero cargada de resplandecientes intuiciones, no es posible exponer en pocas líneas. Quede esta torpe exposición como hito de la inquietud de este artista venido a Lima para rendir, mediante una estela escultórica por él concebida, un homenaje a César Vallejo que el país adeuda y está en aptitud de cumplir. Después de todo, en la obra poética del gran peruano hay la misma inconformidad con las formas fatigadas y el mismo ánimo revolucionario que presiden la voluntad creadora del artista vasco.